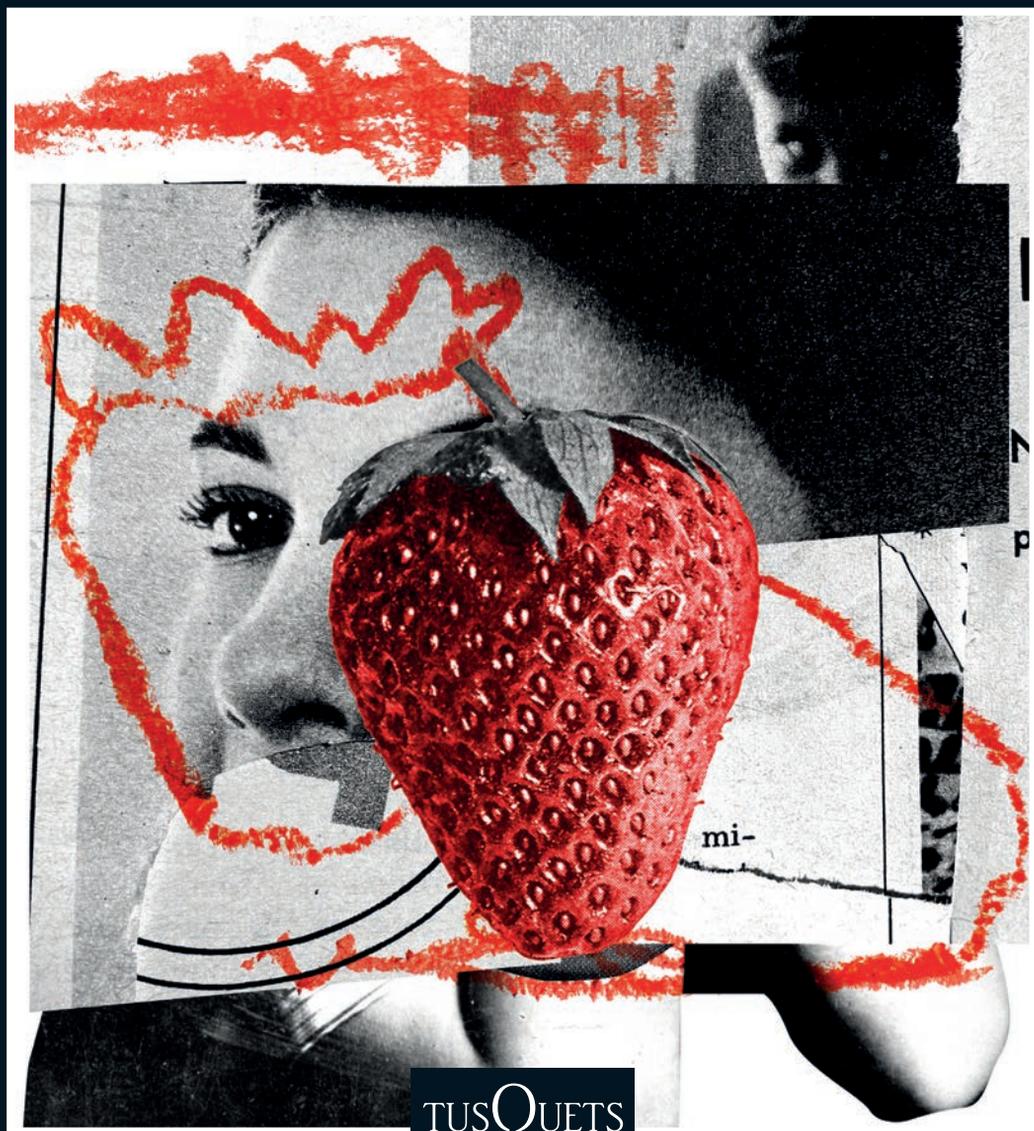


Yoko Ogawa

VENGANZA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

YOKO OGAWA
VENGANZA

Traducción del japonés
de Juan Francisco González Sánchez

TUSQUETS
EDITORES

Título original: 寡黙な死骸 みだらな弔い (Kamoku na Shigai Midara na Tomurai)

1.ª edición: septiembre de 2023

© 1998 by Yoko Ogawa.

Publicado por primera vez en Japón en 1998 por Jitsugyo no Nihon Sha, Tokio.

Traducción española publicada por acuerdo con Yoko Ogawa a través de Japan Foreign-Rights Centre / Ute Körner Literary Agent.

Traducción: © Juan Francisco González Sánchez, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-331-8

Depósito legal: B. 13.469-2023

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Una tarde en la pastelería.....	9
Zumo de kiwi	29
Una anciana llamada J.....	49
<i>Sandmännchen</i>	69
Batas blancas	89
Corazón hilvanado	107
Bienvenidos al museo de la tortura.....	141
El vendedor de prótesis	175
Lecho de muerte de un tigre de Bengala	207
Tomates rojos a la luz de la luna.....	225
Malas hierbas.....	261

Era domingo y hacía un tiempo magnífico. El sol lucía en lo alto de la límpida bóveda azul del cielo y envolvía con su luz diáfana el mundo que se extendía a sus pies mientras los árboles mecían sus ramas a merced de la brisa seca. El panorama que se extendía ante mis ojos parecía complacerse con aquella luminosidad radiante y se dejaba bañar por ella: el techado del puesto de helados refulgía; los ojos de un gato callejero que remoloneaba por el lugar centelleaban con fiereza; los grifos bruñidos de la fuente centelleaban e incluso de la esfera del reloj de la torre surgían afilados destellos entre los excrementos de paloma.

La plaza era un animado y variopinto abanico de gente que disfrutaba de su día de asueto, todo un colorido panorama de vida ante mis ojos: el vendedor de globos que asombraba a los niños con la inagotable variedad de formas animalescas que hacía con los globos, inflándolos y retorciéndolos; o la señora cómodamente arrellanada en uno de los bancos, con la vista hundida en el jersey que tejía laboriosamente, o

la madre que trataba de aliviar a su desconsolado bebé, que lloraba en sus brazos atemorizado por el abrupto despegue de unas palomas que huían espantadas por el sonido de un claxon.

Tanto la plaza como la actividad que en ella se desplegaba se me antojaban dignas de postal, de perfección pictórica sin mácula ni falta, impregnada de un aura de pureza y luminosidad.

Al entrar en la pastelería, después de empujar la puerta giratoria, el bullicio cesó. Atrás quedó la agitación que llenaba la plaza, lejana ya y convertida de pronto en poco más que ecos remotos. El alboroto dio paso a un aroma dulce y suave de vainilla que llenaba aquel espacio aislado del exterior. No había nadie.

—Buenas tardes —dije con cierto reparo y, ante la falta de respuesta, decidí sentarme en un taburete que había en un rincón y esperar.

Hasta ese día, nunca había traspasado el umbral de aquella pastelería pequeña y sobria, donde las tartas, los pasteles y los bombones pulcramente ordenados esperaban la visita de clientes y curiosos tras grandes vitrinas de cristal, y las latas de galletas formaban largas hileras en estanterías a ambos lados del local. En un extremo del mostrador, más allá de la caja registradora, había un montón de hojas de papel de envolver con un coqueto diseño de cuadros azul claro y naranja.

Todo tenía un aspecto tan delicioso que me habría

costado elegir, de no haber sido porque había entrado allí con la idea de llevarme dos tartas de fresas con nata, y nada más.

Llegó entonces hasta mis oídos, colándose en la tienda desde el mundo exterior, el tañer de las campanas de la torre del reloj, cuatro campanadas que resonaron y espantaron una vez más a las palomas, que alzaron precipitadamente el vuelo y atravesaron la plaza hasta posarse cerca de la floristería. La dueña, visiblemente airada, se apresuró a abandonar su puesto agitando enérgicamente un trapo en dirección a las invasoras, y una multitud de plumas grises se arremolinaron en el aire durante el violento aleteo.

Como seguía sin aparecer nadie en la pastelería para atenderme, consideré la posibilidad de irme. Y si no lo hice fue porque no hacía muchos días que me había mudado a la ciudad y aquella era la única pastelería decente que conocía.

Además, había algo en aquel lugar que me llamaba poderosamente la atención y que me impedía sentirme molesta ante la falta de atención hacia la clientela; algo que me deleitaba y embelesaba en aquella envolvente tranquilidad que permeaba toda la tienda. Reparé en que una luz aterciopelada bañaba la vitrina tras la cual todos los productos de repostería expuestos brillaban con hermosos colores y suaves formas; y me percaté también de lo cómodo que era el taburete en el que me hallaba sentada.

—Hola —rompió el silencio la voz de una mujer

de avanzada edad, que acababa de abrir la puerta y ya se adentraba en el local. Era ligeramente rolliza, menuda y llevaba un gastado delantal de hule. El bullicio del exterior se coló por el resquicio de la puerta durante el breve instante en que permaneció abierta, para disiparse de nuevo al cerrarse—. Pero ¿se puede saber dónde andas? Ay, mira que dejar a una clienta desatendida. Desde luego, así no sé cómo vas a sacar adelante la pastelería —protestó. Se volvió hacia mí con una sonrisa y añadió—: Debe de haber salido a un recado, pero seguro que volverá enseguida.

Tomó asiento junto a mí y le dirigí una leve inclinación de cabeza a modo de saludo.

—Yo misma podría atenderla —prosiguió—. Proporciono especias a la pastelería, las vendo al por mayor, ¿sabe?, y conozco este local como la palma de mi mano.

—Se lo agradezco mucho —repliqué—, pero no tiene por qué molestarse. No tengo prisa.

Guardamos silencio, una junto a la otra. Ella se arreglaba el fular que llevaba enrollado al cuello mientras golpeaba el suelo con la punta de sus zapatos o toqueteaba el tirador de la cremallera de su bolsito. Comprendí que se esforzaba sin éxito en encontrar un tema de conversación adecuado a la espera.

—¿Sabe? Todos los dulces y tartas que se venden aquí están riquísimos —aseguró—. Y en gran medida se debe a que usan nuestras especias.

—¿No me diga? Lo celebro.

—Normalmente no faltan clientes. Es muy raro que hoy esté tan vacío. Siempre hay cola para entrar.

Me fijé en los que pasaban ante el escaparate de la pastelería sin reparar en los postres que se exponían: una joven pareja, algunas personas con aspecto de turistas, un anciano de aire distinguido y agentes de policía haciendo su ronda.

La anciana también volvió la cabeza hacia la calle y se atusó el pelo, ensortijado y canoso. Cada vez que se movía, desprendía un inclasificable olor a hierba medicinal, a fruta demasiado madura y al caucho del delantal. Me recordó también al olor húmedo que salía por la puerta de un pequeño invernadero que había en el jardín de nuestra casa, en el que mi padre cultivaba orquídeas muchos años atrás y al que no nos permitía a los niños entrar bajo ningún pretexto, aunque en ocasiones nos asomábamos tímidamente para fisgonear. El caso es que el olor de la anciana no me resultó desagradable. Al contrario, me proporcionó un sentimiento de familiaridad y cercanía hacia ella que, de otra manera, tal vez no habría experimentado.

—Me alegro de que tengan tartas de fresas con nata —dije, apuntando con el índice hacia la vitrina donde se encontraban—. Además, de las de verdad: sin gelatina, ni figuritas decorativas ni otras frutas encima. Solo auténticas fresas y nata.

—Tiene usted razón. Puedo garantizárselo —aseveró la anciana—. Las tartas de fresas con nata son la especialidad de la casa y la clave está en nuestra vainilla.

—Me llevaré dos: hoy es el cumpleaños de mi hijo.

—¿De verdad? ¡Pues muchas felicidades! ¿Cuántos años cumple?

—Seis años. Eternamente, seis años, porque falleció tiempo atrás.

De hecho, habían transcurrido doce años desde que su cadáver fue hallado en el interior de un frigorífico abandonado en un vertedero. Por lo visto fue un accidente: entró en él, no pudo salir y murió asfixiado.

Cuando lo vi, no podía creer que estuviera muerto. Pensé que mantenía la cabeza agachada porque no se atrevía a mirarme a la cara después de haber estado fuera de casa durante tres días.

La anciana se incorporó de un respingo. El estupor había aflorado en su rostro. Enseguida me di cuenta de que esa mujer era quien había descubierto el cuerpo sin vida de mi hijo. Se había quedado lívida y le temblaban los labios, tenía el pelo completamente enmarañado. Parecía más muerta que mi hijo.

No estoy enfadada contigo. Ven, no tengas miedo, deja que te abrace. Te he comprado una tarta por tu cumpleaños. Volvamos a casa los dos juntos.

Él permanecía inmóvil ante mis ruegos. En posición fetal, con las piernas apretadas y flexionadas, y el rostro hundido entre las rodillas, adaptada la postura al escaso espacio dejado por las baldas de la nevera, el compartimento de los huevos y la bandeja

para el hielo. Había estado tanto tiempo encerrado que su cuerpo parecía haberse disuelto en la oscuridad reinante en la nevera. Pero un haz de claridad difusa iluminaba la nuca de mi hijo y resaltaba su cabello fino y suave, diáfano como el tono de su piel. Qué familiar me resultaba esa nuca. Debía de haber algún error; no podía estar muerto. Simplemente, dormía. Después de tantos días sin comer nada, estaría agotado. Tendría que llevármelo a casa con cuidado para no despertarlo. Le vendría bien dormir, todo el tiempo que necesitase. Más tarde ya se despertaría. Seguro...

La anciana seguía en pie, lívida y en silencio.

La reacción de la anciana fue diferente a la de cualquier otra persona a quien le había relatado mi historia con anterioridad. Aunque no mostró especial empatía hacia mí, no había tampoco en ella ni un ápice de estupefacción ni desagrado. Debido a la experiencia de perder a mi hijo yo había desarrollado la capacidad de interpretar las expresiones de las personas, y supe enseguida que aquella mujer era sincera.

No percibí en su rostro ningún arrepentimiento por haberme preguntado la edad de mi hijo, ni tampoco recelo hacia mí por haberle contado algo tan personal a una desconocida.

—Entonces, ha escogido la pastelería adecuada —afirmó ella—. No va a encontrar tartas tan deli-

ciosas como estas en ningún otro lugar. Verá como su hijo se pondrá contento. Y puesto que es para un cumpleaños, le regalarán las velas. Tienen una gran variedad: rojas, azules, rosas, amarillas, con forma de flores, de mariposas o de animales.

Hablaba con una sonrisa afable en los labios, una sonrisa que se correspondía con el ambiente sereno del lugar. Me pregunté si acaso aquella mujer no conocía el significado de la palabra «fallecer», o si tal vez no entendía el hecho mismo de morir ni lo que conllevaba.

Incluso después de haber aceptado la idea de que mi hijo no volvería a casa, no tiré la tarta de fresas que pensaba comerme con él. La dejé en la nevera y me pasaba el día contemplando cómo iba pudriéndose. Primero, la nata cambió de color y, después, la grasa fue acumulándose en la superficie y manchando el papel celofán que la rodeaba. A continuación, las fresas se secaron y adquirieron la forma de un neonato con una malformación. El bizcocho fue perdiendo su esponjosa consistencia para ir hundándose y enmoheciéndose.

—Qué hermoso es el moho —susurraba yo al ver cómo se desarrollaba. Las esporas se extendían como si fueran diminutos homúnculos que pululaban por el aire y hubieran decidido dejarse caer para cubrir toda la tarta con formas sofisticadas.

—¡A ver si te deshaces de una vez de esa cosa!
—me recriminaba mi marido.

Era evidente que estaba irritado, y yo no entendía cómo podía hablar con esa crudeza de la tarta de cumpleaños de nuestro hijo. Así que se la lancé a la cara. Los trozos de bizcocho mohoso se le despararraron por el rostro, el pelo, el cuello y la camisa, y un hedor insoportable impregnó el aire, un hedor a descomposición y muerte.

Las tartas de fresas con nata estaban en el centro del estante superior de la gran vitrina, el lugar que más llamaba la atención de la tienda. Eran relativamente pequeñas y estaban decoradas con tres fresas enteras. No parecía que pudieran estropearse, sino más bien que fueran a conservarse incólumes por toda la eternidad.

—En fin, es hora de que me vaya —dijo la anciana. Se pasó las manos por el delantal para alisar las arrugas y dirigió la mirada repetidas veces hacia la plaza y la calle, como anhelante de la llegada de la encargada de la pastelería.

—Yo voy a esperar un poco más —repliqué.

—Muy bien.

La anciana extendió el brazo y me rozó levemente la mano. Su gesto fue tan natural que tardé en comprender qué había hecho. Sus manos eran ásperas, surcadas de arrugas y recios tendones, y rematadas por

sucias uñas —sin duda debido a su constante contacto con las especias—. Transmitían una calidez impercedera, comparable a la que emitirían, al encenderse, las velitas de cumpleaños que había mencionado antes, pensé.

—Permítame echar un vistazo a dos o tres lugares donde es posible que esté la encargada de la pastelería y, si la veo, le digo que venga enseguida, que tiene una clienta esperando.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Bueno, hasta la vista —se despidió y, con el bolso sujeto bajo el brazo, atravesó la puerta giratoria y salió.

Me di cuenta de que el delantal se le había desanudado y la llamé, pero no me oyó, ya se había mezclado con la multitud de la plaza. Volví a quedarme sola.

Era un niño muy inteligente. Se aprendía el texto de los libros infantiles y era capaz de recitarlo de memoria sin errar una palabra, adaptando incluso la voz al tono del personaje al que le correspondiera hablar: el cerdito, el rey, el robot o el anciano. Era zurdo, tenía la frente ancha y un lunar en el lóbulo de una oreja. Mientras yo preparaba la comida, se aferraba a mis piernas y me acribillaba a preguntas cuya respuesta escapaba a mi conocimiento. ¿Quién inventó la escritura? ¿Por qué la gente crece? ¿Qué es el aire? ¿Adónde van las personas al morir?

Sí, el mar de la muerte se extendía ante mis ojos como una extensión abrumadora y de inabarcable oscuridad, recorrida por olas que se acercaban una y otra vez, en un espacio desprovisto de recuerdos, palabras u horizonte, carente incluso de agua misma; sin rutas por las que adentrarse ni islotes en los que descansar.

Me dio por recopilar artículos sobre niños que hubiesen muerto en trágicas circunstancias, y, para ello, cada día iba a la hemeroteca y buscaba noticias de muertes crueles en periódicos y revistas para luego fotocopiarlas.

Una niña de once años violada y enterrada en un bosque. Un niño de nueve años había sido raptado por un depravado y su cuerpo encontrado en una caja para botellas de vino con los pies amputados. Un escolar de diez años que, durante una visita a una siderúrgica, se había caído en un horno de fundición después de colarse entre los barrotes de una barandilla.

Me llevaba a casa todas aquellas noticias y las leía en voz alta durante largas horas de insomnio, recitándolas como una letanía.

¿Cómo era posible que no hubiese reparado en ello antes? Moví el taburete y miré más allá del mostrador. La puerta junto a la caja registradora estaba entreabierta y al otro lado se divisaba una cocina. De espaldas a mí, había una joven, probablemente la pastelera, que hablaba por teléfono entre sollozos.

No llegaba a oír su voz, pero veía que un ligero temblor le sacudía los hombros. Llevaba el pelo recogido bajo una gorra blanca. Manchas de nata y chocolate salpicaban su delantal, pero transmitía una impresión general de limpieza, y conservaba aún la delgadez propia de una niña.

¿Desde cuándo estaría allí? ¿Acaso no se había percatado de mi presencia? En cierto modo, era como si la joven se hubiera materializado en aquel instante, surgida de la nada.

Me reacomodé en el taburete y miré hacia la plaza. El vendedor de globos seguía creando formas de animales para los niños, y la mujer proseguía con su labor de punto en el banco, mientras las palomas volaban, desperdigándose acá y reagrupándose allá. Nada había cambiado en el exterior desde que había llegado a la pastelería, aparte de la sombra de la torre, que se había hecho más larga y delgada.

La cocina, al igual que el resto del local, estaba muy limpia y ordenada, pese a no ser nueva: los recipientes, los cuchillos, las batidoras, las mangas pasteleras..., todos los utensilios reposaban pulcramente en su lugar, una vez finalizada su función del día. Los paños colgaban limpios y secos de sus ganchos, en el suelo no había ni una mancha de harina en el suelo, y el horno emitía los últimos efluvios de calor.

El llanto de la muchacha era como la cocina misma, delicado y hasta hermoso. No alcanzaban mis oídos a captar el sonido de sus gimoteos ni palabra

alguna de la conversación que mantenía por teléfono. Me deleité con el suave balanceo de un mechón de pelo que se le había escapado de la gorra. Estaba ligeramente inclinada hacia el horno, sosteniendo un paño en la mano derecha, completamente inmóvil a excepción del estremecimiento de los hombros. No veía la expresión de su rostro, pero captaba su tristeza en la tensión de su mandíbula, la palidez de su cuello y los dedos finamente torneados que rodeaban el auricular.

Me pregunté por la causa de sus lágrimas. ¿Una discusión con su novio? ¿Un revés laboral? Pero daba igual. Lloraba de una manera tan límpida y pura que el motivo era lo de menos. No me habría importado quedarme allí, contemplándola durante horas. Yo sabía muy bien cómo aparecía la tristeza, cómo se desbordaban las lágrimas.

La puerta que no se abría a pesar de los empujones y golpes. Los gritos que nadie oía. Oscuridad, hambre, dolor. Una sensación de asfixia que te invade poco a poco. Un día pensé que debía pasar por el mismo sufrimiento que mi hijo había experimentado. Solo así podría despojarme de la amargura que teñía mi vida.

Desenchufé la nevera de casa y saqué todo lo que había en su interior: las sobras de la ensalada de la noche anterior, lonchas de jamón, huevos, un repollo,

pepinos, espinacas marchitas, yogures, latas de cerveza, comida congelada, carne de cerdo... Fui lanzando afuera todo, según se me ponía al alcance de la mano.

No me importó que la salsa de tomate se derramara, los huevos se rompieran y los helados se derritieran, ni, en definitiva, dejar el suelo de la cocina hecho un asco, porque a medida que el caos se extendía fuera del frigorífico, la oscuridad iba llenando el interior. Tomé aire, me encogí lo mejor que pude y me metí dentro.

Al cerrar la puerta, quedé envuelta por una densa negrura. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados, pero poco importaba. Las paredes conservaban todavía su tacto frío.

¿Por dónde asomaría su cabeza la muerte? La esperé sin moverme. Percibí un olor que me hizo sentir nostalgia: era levemente dulzón y misterioso, parecido al que capté cuando encontré a mi hijo acurrucado en el interior del frigorífico. Era también la misma fragancia del invernadero de papá cuando, siendo una niña, me introducía en él a hurtadillas. Curiosamente, aquel recuerdo me devolvió cierto grado de serenidad.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —gritó mi marido tras abrir bruscamente la puerta de la nevera.

—¡Estaba a punto de encontrarme con nuestro hijo! —repliqué—. ¿Por qué te entrometes de esta manera? ¡Vete!

El olor del interior empezó a diseminarse hacia

fuera y, para evitarlo, quise zafarme de la mano de mi marido y cerrar de nuevo la puerta.

—¡Ya estoy harto! —bramó él.

Me arrastró fuera de la nevera y me golpeó.

Yo estaba cubierta, de la cabeza a los pies, de zumo de tomate, yema de huevo y salsas de todo tipo. Ese fue el día en que mi marido me abandonó.

Derramó una única lágrima, retorciendo el paño que sostenía en sus manos. Resultaba extraña la idea de que ninguna de las personas que se encontraban en la plaza supieran que había una joven llorando en la cocina de la pastelería. La única testigo de la escena era yo, que había venido a comprar tarta para el cumpleaños de mi hijo fallecido.

La luz del exterior había ido matizándose y el sol se estaba poniendo por detrás del tejado del ayuntamiento. Los globos con forma de animal se habían vendido bien y apenas quedaban unos pocos. Alrededor de la torre se habían reunido algunas personas que, cámara en mano, no querían perderse detalle del mecanismo exhibido al dar las cinco en punto.

Me habría bastado con llamar a la joven para que me atendiera, pero no lo hice. Al contrario, procuré incluso moderar la respiración para pasar desapercibida. Impecablemente planchado, el delantal le iba demasiado grande, lo cual le otorgaba un aire aún más encantador. Contemplé las gotitas de sudor en su

cuello, las arrugas de los puños y la longitud y delgadez de sus dedos: cada detalle contribuía a configurar una imagen unitaria del conjunto mientras preparaba los dulces. Y, así, me la imaginé sacando del horno la esponjosa base de bizcocho, apretando la manga pastelera para añadir la nata montada encima y, seguidamente, decorarla con las fresas, una a una y con exquisito mimo, para elaborar la más deliciosa de las tartas de fresas con nata.

Años después de la muerte de mi hijo y de que mi marido me abandonara, recibí una enigmática llamada telefónica. La voz no me resultaba familiar en absoluto: era la de un joven que parecía nervioso pero hablaba educadamente.

—Eh... —traté de decir algo, pero me quedé paralizada. Aquel muchacho acababa de preguntar por mi hijo.

—¿Se puede poner al teléfono? —insistió.

—Lo siento. No está en casa —repliqué con el corazón en un puño.

—Entonces volveré a llamar en otro momento. Estamos organizando un encuentro de antiguos alumnos del colegio. ¿A qué hora puedo encontrarlo?

Yo misma mencioné el nombre de mi hijo para asegurarme de que no se trataba de un error, y el muchacho me confirmó que efectivamente quería hablar con él.

—Ahora vive en el extranjero, estudia allí —fue mi respuesta.

—Oh, qué pena. Me habría gustado verlo en la reunión —dijo con genuina pesadumbre.

—¿Erais amigos?

—Sí, formábamos parte del grupo de teatro. Él era el delegado y yo el subdelegado.

—¿El grupo de teatro, dices?

—Ganamos el primer premio del municipio y llegamos a participar en el certamen nacional con *Anhelo de vivir*. Su hijo hizo de Vincent van Gogh, y yo de su hermano Theo. Como él tenía éxito entre las chicas, solía interpretar a los personajes principales y yo los secundarios. Tenía un aura especial, y no solo en el escenario.

Sin duda se había equivocado de persona. Aun así, no hice nada para sacarlo de su error. Si se le daba tan bien leer libros infantiles, ¿por qué no iba a poder protagonizar obras de teatro? Al fin y al cabo, muy desencaminado no andaba aquel muchacho.

—¿Sigue haciendo teatro? —preguntó.

—Sí.

—¿No me diga? Me lo imaginaba. ¿Le podrá decir que le he llamado, por favor?

—Por supuesto. Descuida.

—Muchas gracias.

—Gracias a ti por llamar. Adiós.

Colgó. Durante unos instantes, mantuve el auricular pegado a la oreja, escuchando la señal de línea no

disponible. Nunca llegué a saber con quién había hablado.

Sonaron las campanadas de las cinco de la tarde y las palomas alzaron el vuelo y revolotearon por encima del tejado del ayuntamiento. Cuando el tañido llegó a su fin, se abrieron con premura unas portezuelas ubicadas a media altura de la torre, y de ellas surgió una comitiva formada por soldados, gallos y esqueletos, seguidos de varios ángeles. El mecanismo era una auténtica reliquia, y las figuras, algo sucias y oxidadas, procedían entre sacudidas y tirones. Los gallos alargaban el cuello como si cacarearan, los esqueletos ejecutaban una danza macabra, seguidos de los ángeles que agitaban sus alas doradas mientras, tras ellos, los soldados hacían el saludo militar.

La joven pastelera colgó el teléfono y se lo quedó mirando fijamente. Poco después suspiró profundamente y se enjugó las lágrimas con el paño.

Cuando por fin se volvió hacia mí, pronuncié unas palabras que ya resonaban en mi pecho como una letanía:

—Dos tartas de fresas con nata.